

Ser joven en América latina a comienzos del tercer milenio

Susana Carena *

María Magdalena Pisano **

Adriana Tessio Conca ***

Este artículo intenta una aproximación sobre algunos rasgos de una nueva cultura juvenil emergente en América latina. Conflictividad, apatía política, deserción escolar, postergación de la procreación, desempleo masivo, crisis normativas, conductas de riesgo, son características que definen a la juventud. Los jóvenes se encuentran inmersos en paradojas y contradicciones del nuevo orden global, situados y demandados como actores protagónicos de las transformaciones y/o expuestos a diversos grados de vulnerabilidad y exclusión.

El objetivo es contribuir para una mayor toma de conciencia de aspectos de esta realidad y del contexto en el que se manifiesta para colaborar con la transformación de las demandas en alternativas que impliquen tareas formativas y definición de políticas de juventud.

Es necesario repensar su formación, teniendo en cuenta a cada uno en su originalidad, su historia personal y social, reconociendo la posibilidad de asumirse como personas dueñas de su libertad, capaces de comprometerse con el mundo en que viven.

Juventud - Cultura - Globalización - Integración social - Educación

* Doctora en Ciencias de la Educación. Docente e investigadora de la Universidad Católica de Córdoba. Directora de la Maestría en Investigación Educativa de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Córdoba, Argentina. E-mail: susanacarena@ciudad.com.ar

** Licenciada en Psicopedagogía. Docente e investigadora de la Universidad Católica de Córdoba. Miembro del Centro Cife Reduc de la Universidad Católica de Córdoba, Argentina. E-mail: maggypisano@hotmail.com

*** Magíster en Investigación Educativa. Licenciada en Ciencias de la Educación. Docente e investigadora de la Universidad Católica de Córdoba. Directora del Centro Cife Reduc de la Universidad Católica de Córdoba, Argentina. E-mail: atessio@hotmail.com

This article intends to depict some important features of a new youth culture in Latin America. Conflicts, political indifference, school desertion, delayed procreation, massive unemployment, normative crisis, risk behaviors are characteristics that define youth. Young people are immerse in paradoxes and contradictions of the new global order. They are also situated and requested as main actors of transformations and/or exposed to different levels of vulnerability and exclusion.

In order to contribute with the transformation of the demands in alternatives that involve formative work and definition of youth policy, some aspects of this reality and its context are shown .

It is necessary to think over young people's formation, taking into account their own personal and social history, so as to recognize the possibility of assuming themselves as persons, owners of their freedom and committed with the world where they live.

Youth - Culture - Globalization - Social integration - Education

Introducción

Estamos transitando una época de cambios y paradojas. Indudablemente los acontecimientos que vivimos ponen en evidencia que nos encontramos en el umbral de una nueva época en la que muchas de las explicaciones y sentidos otorgados a la realidad han perdido su legitimidad y muchos modos de ordenamiento de la vida social han tomado un carácter diferente.

Por un lado, se observan rasgos de la cultura llamada posmoderna que duda de toda cosmovisión que pretenda ofrecer sentidos últimos, desvalorizando toda verdad que no se sostenga empíricamente y toda interpretación religiosa o metafísica del mundo y de la vida. La cultura posmoderna pareciera estar centrada en la búsqueda de la satisfac-

ción inmediata de las necesidades y del propio bienestar psíquico y corporal, en la idea de que hay que vivir el presente con el máximo de placer y el mínimo de esfuerzo, sin proyectos de realización personal a largo plazo, ni tradiciones que los condicionen.

Por otra parte, el fenómeno de la globalización, más allá de sus connotaciones económicas, ha impactado en todos los ámbitos de la cultura. En general, las fronteras del mundo se han ampliado; el conocimiento se ha convertido en motor central del crecimiento tanto personal como social; los avances científico-tecnológicos han influido sobre la biología, la farmacología y la medicina, permitiendo un mayor control de las enfermedades; se ha transfor-

mado la economía y el mercado laboral; las informaciones y las ideas tienen la posibilidad de difundirse en el momento en que se producen. En este marco, "se han redefinido los patrones de consumo y agudizado las diferencias en el acceso de oportunidades y en las condiciones de vida entre los grupos en ventaja socioeconómica y aquellos que no lo están" (Krauskopf, 1999, p. 119).

Los/as jóvenes se encuentran inmersos/as en estas paradojas y contradicciones del nuevo orden global: en un sentido son situados/as y demandados/as como actores protagónicos de las transformaciones; en otro, miles de ellos/as viven expuestos/as a diversos grados de vulnerabilidad y exclusión, lo que puede ser considerado uno de los problemas más acuciantes para América latina.

Cuando los mecanismos de cambio de edad y de responsabilidades frente a la sociedad no coinciden con los mecanismos habituales de integración social –probablemente influenciados porque los caminos de tránsito de la educación al empleo, de la dependencia a la autonomía y de la incorporación de nuevos valores se vuelven dificultosos para ellos/as– aparecen conductas disruptivas y los/as jóvenes pasan a ser objeto de discusión y análisis. Estas características ciertamente impactan en la emergencia de una nueva cultura juvenil.

Conflictividad y apatía política, deserción escolar, postergación de la procreación, desempleo masivo, crisis normativas o conductas de riesgo son algunas de las características que definen a la juventud en nuestro tiempo.

En toda América latina los estudios sobre esta etapa de la vida han pasado por un período de latencia y hoy resurgen con fuerza en el ámbito académico (Candau, 2004). En general pueden distinguirse en esos trabajos dos tendencias: la primera privilegia un enfoque genérico de la juventud y la segunda lo hace con la variedad y la especificidad de las diferentes experiencias juveniles (Candau, 2004).

Desde este artículo y a partir de la responsabilidad que nos cabe como educadores e investigadores, intentamos aproximarnos a algunos rasgos de una nueva cultura juvenil que emerge en el contexto de América latina, según los estudios recuperados en los últimos años desde la Red Latinoamericana de Documentación e Información Educativa y en otra bibliografía que circula en medios académicos. Su objetivo es hacer un aporte a una mayor toma de conciencia de algunos aspectos de esta realidad y del contexto en el que la misma se manifiesta para colaborar con la transformación de las demandas que en ella se esconden, en alternativas que impliquen tareas formativas y definición de políticas de juventud.

1. ¿Juventud o juventudes?

La juventud emerge históricamente como un actor social necesario de analizar desde que el desarrollo de los sistemas educativos tiende a generalizar el acceso a la enseñanza, lo que origina un proceso de "moratoria de responsabilidades", que en épocas anteriores no se daba. El abordaje de este grupo como objeto de estudio no es posible hacerlo desde la homogeneidad

ni desde criterios unívocos como la edad, la escolaridad o cualquiera de otros datos con que se acostumbra a homogeneizarlos dado que la heterogeneidad y el pluralismo son características intrínsecas del mundo juvenil (Sierra Pardo, 2001). Su análisis implica considerar una multidimensionalidad de factores que incluyen aspectos biológicos, psicológicos, sociales y culturales; ya que, como señalábamos en un trabajo anterior,

homogeneizar a los grupos juveniles teniendo en cuenta sólo la base generacional implica un sesgo importante, puesto que los/las jóvenes, aún cuando comparten la condición de la edad, presentan rasgos diferentes según si se los analiza teniendo en cuenta la clase social, el género o la pertenencia a grupos étnicos o culturales. (Carena et al., 2003, p. 9)

Para aproximarnos a una conceptualización más precisa sobre la juventud, podemos partir de una diferenciación entre *edad biológica* y *edad social*. La primera implica una condición vital, cronológica: desde allí la juventud puede pensarse como un período de la vida en que se está en posesión de un excedente temporal, por ello se dice que la juventud tiene una *moratoria vital*, la muerte es algo que está distante en el

tiempo produciendo en los/as jóvenes una característica sensación de invulnerabilidad (Margulis, 1996). La *edad social*, en cambio, tiene en cuenta lo que cada sociedad delimita en el reconocimiento de sus actores, que en este caso es el momento de ingreso al mundo adulto, lo que establece una *moratoria social*.

El límite entre la juventud y la adultez se ha asociado históricamente al inicio de la vida laboral y la conformación de una familia. Este período, en las generaciones anteriores, se iniciaba a edades más tempranas que en la actualidad. Hoy, la prolongación del proceso educativo, las percepciones de incertidumbre económica y laboral y las mayores aspiraciones de los/as jóvenes han hecho que progresivamente se postergue la edad promedio en que el joven "se hace adulto" mediante el trabajo y la creación de su propia familia,¹ realidad que en este momento no es aplicable a todo el universo de jóvenes. Siguiendo a Margulis, al abordar el estudio del mundo juvenil se deben considerar los aspectos cronológicos y los presociales (que constituyen la base "dura") sobre los cuales habrán de asentarse los aspectos sociales.² De tal modo, la materia de la juventud es su cronología, en tanto moratoria vital, y la forma en que se invierte es

¹ Al respecto, la Organización Mundial de la Salud considera que la adolescencia culmina oficialmente a los 25 años.

² Utilizando este criterio se puede distinguir a los jóvenes de los no jóvenes por medio de la moratoria vital y a los social y culturalmente juveniles de los no juveniles por medio de la moratoria social. Jóvenes no juveniles serían aquellos que, procedentes de sectores populares, no gozan de la moratoria social y no jóvenes juveniles serían aquellos integrantes de sectores medios y altos que ven disminuido su crédito vital (Margulis, 1996, p. 22).

sociocultural. A partir de esto puede entenderse a la cronología sin cultura como pura materialidad estadística (Margulis, 1996).³

Para el mencionado autor, la definición de la juventud implica considerar:

- La *edad*.
- Los *aspectos generacionales*, es decir, la edad procesada por la cultura. Cada momento histórico condiciona las distintas maneras de ser joven. La generación hace referencia a las diferentes épocas de socialización de los sujetos, cada generación incorpora diferentes códigos, destrezas, lenguajes, gustos; ser integrante de una generación distinta implica diferencias en el plano de la memoria, porque no se han vivido las mismas experiencias que las generaciones anteriores. Al respecto, Jean Jacques Racial considera que la adolescencia, en un momento histórico y cultural determinado, está situada en el punto de contacto de por lo menos dos generaciones y desde allí explora carencias, vacíos y promesas no cumplidas de padres, familias y sociedades (Krichesky, 2005, p. 37). La generación es una estructura transversal, experiencia histórica, memoria acumulada.
- La *clase social del origen*: esto determina una moratoria, es decir un espacio de posibilidades otorgado sólo a ciertos sectores sociales. Así, los estratos más favorecidos otorgan a los/as jóvenes la posibilidad de postergar exigencias tales como trabajo, matrimonio, para que se dediquen al estudio. Por el contrario, los sectores populares tienen acotadas sus posibilidades, debiendo ingresar tempranamente al mundo del trabajo, a obligaciones familiares (casamiento, hijos, etc.).
- El *género*: el ser joven también depende del ser varón o mujer. La mujer no puede escapar de los límites de la juventud que lleva instalados en su cuerpo. La maternidad implica una espera diferente, una urgencia distinta, ya que el tiempo de ser madre se agota y presiona.
- La *ubicación en la familia*: es en ella donde se articulan todas las variables que definen la condición de juventud y se ve claramente el interjuego de generaciones.
- El *conjunto de instituciones en las que transcurre la vida social*: la escuela, el ámbito laboral, las instituciones religiosas, los partidos políticos, los clubes y asociaciones intermedias, el ejército, son instituciones en las que se sigue un orden vinculado a la edad, a ciertas normas, a sanciones. "La condición de juventud no puede ser reducida a un solo sector social o ser aislada de las instituciones, como si se tratara de un actor escindido, separado del mundo social, o sólo actuante como sujeto autónomo" (Margulis, 1996, pp. 29-30).

³ Desde esta perspectiva se puede criticar a los planteos culturalistas al centrar su definición en los elementos característicos de la moratoria social, olvidando que hay una energía del cuerpo que es en cierto modo independiente de la clase social.

En el intento de conceptualizar a la juventud es también importante considerar las representaciones de las sociedades y las definiciones que los estudios tejen al respecto. Algunas teorías de la adolescencia (Muss, 1968), anteriores a los procesos de globalización y a la presencia de una cultura posmoderna, se detienen en los sentidos que tiene esta etapa, como etapa evolutiva en el desarrollo de la personalidad, y reconocen entre sus problemáticas centrales la búsqueda de la propia identidad, la crisis de autoridad con relación a las generaciones anteriores, la definición de un proyecto personal de vida y el ingreso a la vida adulta. Estos estudios reconocen, entre los procesos de maduración, al desarrollo orgánico vinculado con la maduración sexual, la posibilidad de ejercer la función sexual y generar una vida nueva; el proceso de desarrollo social que posibilita alcanzar la independencia, instalarse en el mundo con un espacio propio, fundar una familia e ingresar en el mundo del trabajo; y el desarrollo de la personalidad ético-religiosa, a través de la cual se perfila la orientación hacia los valores y la adhesión a determinados principios que den un sentido a su conducta (Carena, 1999). Desde estos enfoques se considera que los años juveniles son el tiempo cuando el ser humano descubre que es capaz de una conducta moral autónoma (Furter, 1968).

Autores como Braslavsky (1985), Candau (2004) o Krauspkof (1999) presentan los múltiples matices en las maneras de concebir al mundo de los/as jóvenes. Cecilia Braslavsky señala que se han construido diferentes mitos so-

bre la juventud. Menciona, por una parte aquel enfoque que la analiza como *manifestación dorada* según la cual ésta es una etapa que permite posponer responsabilidades y obligaciones para la vida adulta; otro mito es el de la *juventud gris* por la que los/as jóvenes aparecen como los depositarios/as de todos los males, un segmento poblacional en el que repercuten particularmente la crisis valorativa y la sociedad autoritaria; finalmente alude a la *juventud blanca*, que percibe personajes puros y maravillosos, que tienen en sus manos la construcción del futuro que sus padres no pudieron forjar.

Vera María Candau, por su parte, delimita los diferentes modelos que han tenido vigencia desde la segunda mitad del siglo XX. En los años 50, se miraba a este grupo etario como "los rebeldes sin causa", considerándolos predispuestos a transgredir las normas sociales. La década de los 60, y parte de los 70, permitió ubicar a los/as jóvenes como partícipes significativos de profundas transformaciones sociales y culturales; estos años se caracterizaron por la presencia de grupos hippies y pacifistas y, en el caso particular de América latina, tuvieron un especial protagonismo los movimientos estudiantiles de oposición a regímenes autoritarios. Los años 80 hacen un giro en la mirada de la juventud, caracterizándola como individualista, pragmática, consumista, conservadora e indiferente a la participación sociopolítica. En la década de los 90, si bien aparece una mayor movilización que se observa en la presencia juvenil en las calles, siguen presentes el individualismo y la fragmentación; agregándose otros fe-

nómenos tales como la violencia, el incumplimiento de las reglas sociales, que pueden interpretarse como manifestaciones de una juventud anómica.

Dina Krauskopf, por su parte, reseña cuatro perspectivas para enfocar el análisis de las problemáticas de esta etapa: la adolescencia como período preparatorio, la juventud como etapa problema, la juventud como actor estratégico del desarrollo y la juventud ciudadana.

En la primera, la adolescencia es vista como un período en transición entre la niñez y la adultez. Esta perspectiva tiene, según Krauskopf, una limitación fundamental dada por el hecho de que actualmente el saber no está sólo del lado de los adultos, puesto que la rapidez de los progresos técnicos y científicos obliga a los adultos a una formación permanente, lo que hace que sea cada vez menos posible distinguir la adolescencia de la edad adulta en función de la preparación para la vida. Según plantea esta autora "el reduccionismo del paradigma de etapa preparatoria surge como una postergación de los derechos de los niños y jóvenes, al considerarlos carentes de madurez social e inexpertos" (Krauskopf, 1999, p. 122).

El paradigma que enfoca a la juventud como etapa problema centra su mirada en la consideración de la crisis normativa. La juventud se enfoca desde problemas como embarazo, delincuencia, drogas, deserción escolar, etc. Esta perspectiva tiene dos limitaciones fundamentales: por un lado, favorece la estigmatización de la juventud y por otro, genera prácticas de intervención que al enfocar problemas específicos tie-

nen poco impacto en el desarrollo integral del adolescente.

La juventud como actor estratégico del desarrollo destaca a los/as jóvenes como actores protagónicos en la renovación permanente de las sociedades, en esta época de reestructuración económica y globalización. Por ello, debe apuntarse al desarrollo de las capacidades de aprender a aprender y al fortalecimiento de los recursos sociales de los grupos juveniles

La perspectiva sobre la juventud ciudadana parte del reconocimiento explícito de niños y adolescentes del derecho de ciudadanía, concretada en la Convención de los Derechos del Niño. No se trata sólo de un ejercicio formal de la ciudadanía concretada en el derecho al voto sino de una participación crecientemente decisoria en la que toman preeminencia las relaciones cívicas, las capacidades y los derechos juveniles y la ampliación de los atributos de ciudadanía, la que es vista como un sector flexible y abierto a los cambios, donde se evidencian capacidades para intervenir protagónicamente en distintas situaciones, construir democráticamente su calidad de vida y aportar al desarrollo colectivo.

2. Los/as jóvenes en una cultura posmoderna y globalizada

El tercer milenio ofrece serias dificultades al intento de alcanzar la comprensión del mundo juvenil. El desarrollo personal de los/as jóvenes –que se lleva a cabo en un permanente intercambio con el medio y con la cultura– ocurre en este tiempo en un momento de profundos cambios, cuya importancia pue-

de compararse a los ocurridos en los inicios de la modernidad, cuando la revolución científico tecnológica dio un giro en el modo de comprender al mundo, filosófica y científicamente. Estos cambios afectan, por ende, a los valores vigentes de la sociedad.

En general, los valores presentes en la vida de las personas, funcionan como criterios orientadores de la conducta y se relacionan con los estilos de vida, con las costumbres y con la cultura de la comunidad. Estos valores se vinculan con sus representaciones de la realidad, con sus principios éticos y las creencias propias de la dimensión religiosa, entendiendo por tal aquella que alude a los últimos sentidos y explicaciones del mundo y de la vida.

En una sociedad donde se conjugan los rasgos de la posmodernidad con los de la globalización económica, los valores que se manifiestan en la vida cotidiana se encuentran distantes de una dimensión trascendente, y próximos a todo aquello que signifique el logro de gratificaciones perentorias y de éxito personal. Es poco probable en consecuencia que, a partir del permanente intercambio con el mundo y sus valores, se despierte en la interioridad de los/as jóvenes la voluntad de consagrar la vida a grandes ideales o utopías que vayan más allá del presente y sus necesidades inmediatas. En un medio social con estas características y acorde

con las expectativas contemporáneas, es frecuente que en los/as jóvenes se manifiesten nuevos intereses y organicen su tiempo procurando alcanzar las gratificaciones que estiman que la juventud debe brindarles.

Por otra parte, en el marco de la globalización las modificaciones que abren oportunidades de un mejor desarrollo llevan consigo fuertes desigualdades en la distribución de las riquezas y de los beneficios que los adelantos significan y que, por lo tanto, acentúan la marginalidad y la exclusión sin tener en cuenta las realidades humanas. En este sentido, Rubiolo (1998) observa que la lógica del mercado, que se sostiene en los valores de la eficiencia y de la competitividad, deja de lado –entre las principales finalidades de la acción humana– los sentidos que alientan el valor de la ética, lo que se pone de manifiesto en un incremento de actitudes individualistas, con una notable ausencia de preocupación por lo comunitario y lo político, en un proceso de acomodación a una sociedad regida por la búsqueda del éxito económico, individual e inmediato (Allende, Brígido, Carena, Juárez, 1997). En estas situaciones de desigualdades, que afectan las condiciones de una vida digna de muchos sectores de la población, son los niños, los/as jóvenes y los ancianos los más desprotegidos por la sociedad.⁴

⁴ De acuerdo con las encuestas de hogares de 18 países latinoamericanos la pobreza alcanza al 41% de los jóvenes en 2002. Esta cifra equivale a 58 millones entre los que se encuentran 21 millones 200 mil pobres extremos. Entre los pobres el 60% –en el año 1999– son menores de 25 años. La indigencia juvenil urbana es del 10% y la rural es de 27%.

En los últimos quince años, las transformaciones económicas, sociales y culturales han impactado en las instituciones sociales y, entre ellas, han afectado también al interior de la familia. Han cambiado las representaciones sociales acerca de la autoridad, y por lo tanto la imagen que los hijos tienen respecto a la autoridad paterna ha variado también. Tampoco puede ya sostenerse en la provisión de ingresos económicos. La mujer, por su parte, ha accedido masivamente al mundo del estudio y del trabajo compartiendo su función de madre con otras actividades, lo que ha influido en la organización de la vida familiar. Asimismo se han incrementado el número de divorcios lo que ha aumentado también el número de los hogares unipersonales.⁵

No obstante que se presenta aún como el marco de convivencia habitual en los años jóvenes y que parece desempeñar aún un papel relevante en sus vidas en la transmisión de los valores, muchas familias han perdido su valor como espacio de contención afectiva y de seguridad, lo que, sumado a las condiciones económicas adversas, coloca a muchos/as jóvenes en situación de riesgo y vulnerabilidad. Estas características, además de los cambios en los consumos culturales y la mayor libertad que poseen en el ejercicio de su sexualidad parecieran tener una relación directa con las representaciones que los/las jóvenes elaboran acerca de sí mismos y de la sociedad, lo que puede vincularse

a la construcción de un nuevo estilo de vida y una nueva manera de estar en el mundo. La comprensión de esta realidad con la intención de colaborar con la definición de nuevas alternativas formativas, hace necesario pensar en las identidades juveniles de este tiempo que ya no se sostienen en los valores tradicionales, dada la situación actual signada por el cambio económico, cultural y familiar.

En el análisis sobre esta realidad y en diálogo con el contexto en el que la misma se manifiesta se han priorizado algunas dimensiones de la vida de los/as jóvenes, considerando que se vinculan fuertemente con la cultura juvenil emergente. En el mismo nos detenemos en los consumos culturales a los que destinan su tiempo libre, en los nuevos modos que tienen los/as jóvenes de relacionarse con su cuerpo y con la sexualidad, y en las modalidades que asume su inserción en la vida de la sociedad.

Un nuevo estilo de vida juvenil

Ver televisión, escuchar música, leer, ir al cine, bailar, hacer deportes, "chatear", "navegar" y operar video juegos, son las prácticas de consumo cultural en los usos del tiempo libre, mencionadas con mayor frecuencia por muchos/as jóvenes.

El consumo más importante es la música, la que viene asociada a la

⁵ En América latina, en el año 2002 más de la mitad de los jóvenes entre 15 y 29 años viven en familias nucleares, un 33 % en familias extendidas, un 3.3 % en familias compuestas, un 1 % en hogares unipersonales y un 4.2 % en hogares sin núcleo conyugal (CEPAL, 2004).

estereofonía, los walkman, los instrumentos electrónicos, los videoclips, los MP3. Los/as jóvenes prácticamente nunca dejan de escuchar música aunque lleven a cabo otras actividades al mismo tiempo. Wortman (2001) sostiene que en la sociedad contemporánea lo joven se define a través de la música, algunos hasta se visten según la música que escuchan. La globalización cultural, vinculada a la producción económica, llega también a través de la industria de la música cuyo consumo acentúa las diferencias vinculadas a los intereses y las facilidades técnicas que otorga la tecnología disponible.

La televisión está también entre las actividades que ocupan más tiempo en su vida cotidiana (CEPAL, 2004). El hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo de tecnologías de la comunicación las que no se limitan a la TV y la radio en su sentido tradicional, sino que se expanden a través de un nuevo concepto de "selección a la carta" en el consumo de TV por cable, videos, DVD, Internet y otros dispositivos.

Al respecto, Silvia Bleichmar (1999a) hace referencia a los *reality show*, programas de televisión que dan cuenta de situaciones que son pura permanencia y desenlace, sin relación de causalidad: las cosas ocurren y un día culminan, pudiendo hacerlo de las maneras más extrañas. Estos programas donde los protagonistas se pasan horas sin virtualmente hablar de nada; donde además no hay que hacer nada, sino ser como uno es, y existir nada más, hoy deslumbran a los/as jóvenes. En ellos ha desaparecido el relato trascendente y heroico y esto facilita representacio-

nes que incluyen la banalización completa de la vida.

A través de la televisión los/as jóvenes son los principales destinatarios de los avisos con los que las agencias de publicidad legitiman las conductas de consumo que impone la lógica de mercado. A partir de las campañas publicitarias están expuestos a una serie de propuestas padeciendo, en muchos casos, de restricciones materiales para concretarlas (Rubiolo, 1998).

Rubiolo (1998) sostiene que para la mayoría de los/as jóvenes la TV es el medio de contacto y de ingreso en el mundo social, es el modo de conocer y de experimentar la diversidad de acontecimientos y realidades a las que las generaciones anteriores no tenían acceso. Considera que este medio de comunicación social interviene en la definición de la realidad, en la elaboración de las representaciones sociales y en los procesos de socialización, ya que define de manera implícita o explícita los modelos que terminan siendo internalizados por niños, adolescentes y jóvenes, los que proviniendo en muchos casos de series o telenovelas, colaboran con la incorporación de sentidos, pautas y normas en el proceso de socialización, definiendo criterios de verdad que no corresponden con la realidad sino que son aceptados y compartidos con el grupo al cual pertenecen.

Otra actividad que demanda el tiempo de los/as jóvenes es el uso de Internet, el que se ha extendido en la actualidad a espacios comerciales conocidos como "ciber", que ponen a disponibilidad de todos los/as jóvenes este recurso, habiéndose transformado en

centros de reunión de amigos y, en muchos casos, en su segundo hogar. El tiempo que pasan frente al televisor o navegando por Internet hace pensar que éstos ocupan el lugar de compañeros cómodos y no exigentes en momentos de aburrimiento y que se sienten incapaces de eliminarlos o al menos mitigar el tiempo que les dedican.

Estos consumos culturales, al mismo tiempo que les permiten participar de universos simbólicos, colaboran con la generación de identidades colectivas efímeras y cambiantes, poco consolidadas, fragmentarias y bastantes cerradas que les llevan a tener dificultades para armonizar con el resto de la sociedad, en especial con los adultos (CEPAL, 2004).

Asimismo ellos/as pasan todo el tiempo posible con sus amigos/as. Movidos por la necesidad de acompañamiento se integran a grupos en los que comparten códigos y se traspasan conocimientos y valores. Los/as jóvenes se reconocen como pertenecientes a un grupo, lugar de encuentro que los acoge como una familia. En algunos casos, se unen a grupos de música, en otros a grupos de fútbol en los que el fenómeno fútbol excede al partido en sí. Otras veces, en su intento de formar parte de una comunidad, se integran en tribus juveniles, concebidas como espacios donde sienten aceptados y confortables entre pares, en medio de una sociedad a la que sienten hostil.

Es conocida la trayectoria, en la conformación de grupos juveniles y deportivos, que han tenido en la región la iglesia y los clubes. Estos han constituido espacios de socialización y de formación

personal muy importante para muchas generaciones. Muchas de estas instituciones en el último tiempo han perdido la significación que tenían, pasando a ser lugares donde se incrementa la competencia y el individualismo a través del logro de mejores rendimientos deportivos, en detrimento de la reunión, la camaradería, la solidaridad y la participación.

En el ámbito personal, la relación que establecen los/as jóvenes con su cuerpo ha variado en las últimas décadas. Chicas y muchachos manifiestan diferentes conductas, ya sea debido a la valoración que hacen del mismo, a los desórdenes alimentarios que muchos de ellos presentan o a las conductas de riesgos que los hacen vulnerables a causas de muertes tempranas.

Los medios de comunicación han influido para convertir a la juventud en un modelo social que aparece como el valor supremo, que se extiende a la sociedad entera. Todo lo joven es valorado como lo único que tiene sentido, en consecuencia en muchos ambientes los/as jóvenes –y también los adultos– exageran el cuidado del cuerpo en orden a la necesidad de alcanzar los estándares de belleza que la sociedad impone (Rubiolo, 1998) como parámetro de la aceptabilidad social, lo que permite inferir que la autoestima y la satisfacción con uno mismo están estrechamente relacionadas con la aceptación y satisfacción de su yo físico.

La preocupación que manifiestan por el cuerpo y que se observa también en un incremento de las actividades deportivas no se extiende del mismo modo al cuidado de la salud física. Si bien

en general se hallan mejor provistos de salud, son más vulnerables a las muertes por accidentes, agresiones físicas, uso nocivo de drogas, enfermedades de transmisión sexual, embarazos precoces, y otros (CEPAL, 2004). El documento de la CEPAL señala que la pandemia del VIH-Sida y el incremento de la violencia –que en algunos países de la región como Colombia y El Salvador alcanzan niveles catastróficos– son las dos causas más importantes de mortalidad juvenil en la región.

Ciertamente, muchas veces la prensa muestra jóvenes que ponen de manifiesto conductas transgresoras: agrediendo a otros, ejerciendo la violencia, delinquiendo, haciendo uso de armas, etc. Los conflictos que se suscitan en el patio de la escuela o a la salida de la misma cada vez más intentan resolverse con conductas violentas no habituales hace un tiempo. En reuniones sociales, lugares bailables o espacios de diversión, para evitar posibles actos de agresión entre ellos muchas veces se hace necesario contar con personal de seguridad.

Algunos autores (Azocar, 2001) se preguntan si no es posible concebir la violencia como una estrategia alternativa de integración social o como una manifestación individual reactiva, ante la desigualdad encontrada en la búsqueda de integración como sujetos o como ciudadanos en una sociedad y las fuertes condiciones de exclusión que se originan en la modernización,.

Para Silvia Bleichmar (1999b) ni la pobreza, ni la falta de trabajo o el consumo de drogas –indudablemente causales de primer orden de la delin-

cuencia juvenil– permiten explicar totalmente el ejercicio de la violencia. Ella estima que, además de esa realidad, se han operado cambios en las representaciones de la relación del sujeto con la sociedad lo que compromete la esperanza que la sociedad civil deposita en las nuevas generaciones.

No puede negarse que la posibilidad de participar en situaciones de violencia –ya sea como víctima o como victimario– sea uno de los rasgos que caracterizan a la juventud de este tiempo, siendo estas conductas, y al decir de José Weinstein (1999), una amenaza para el tema de la ciudadanía.

En este planteo, no se puede dejar de hacer referencia a tres grandes problemas de salud que también afectan a los/as jóvenes, y que tiene que ver con el consumo excesivo de diferentes sustancias: drogas, tabaco y alcohol. Este tema, en los últimos años se ha transformado en un tema de interés y relevancia en nuestra sociedad, por los frecuentes abusos y los distintos tipos de dependencia a los que da lugar, como también por su influencia en el aumento de conductas agresivas. Rubiolo (1998) considera que en el contexto cultural actual no puede extrañar la presencia de estos fenómenos realmente auto-destructivos que pueden observarse en determinados sectores de la juventud actual. Ciertamente frente a ellas la sociedad aún no sabe qué hacer.

En el análisis de un nuevo estilo de vida juvenil, resulta ineludible la consideración de las conductas vinculadas al amor y la sexualidad, dimensiones que

influyen profundamente en esta etapa ya que la iniciación sexual y la nupcialidad son dos de sus componentes esenciales.

Los estudios clásicos de la psicología juvenil asignaban valor a un período que denominaban pubertad cultural la que, separando en unos años la maduración sexual biológica del adolescente del inicio en el ejercicio de la sexualidad, colaboraba con el desarrollo de la intelectualidad abstracta y del idealismo, favoreciendo los procesos de identidad personal y permitiendo el acceso a una madurez mental que supone la posibilidad de intimidad con otro sin la difusión del propio yo y la elaboración de un proyecto personal de vida.

La socialización de las nuevas generaciones fuera de los modelos tradicionales los expone desde una edad temprana a diferentes entornos donde se acepta una mayor libertad sexual. Esto lleva a los adolescentes de ambos géneros a comenzar cada vez más tempranamente una vida sexual activa, a través de relaciones ocasionales que no se sostienen en vínculos afectivos, que no se orientan tampoco al compromiso que supone la formalización de una relación de pareja, reduciendo en muchos casos la sexualidad a la genitalidad.

En la actualidad y en parte debido a la influencia de los medios de comunicación, para los/as jóvenes de casi todos los sectores sociales, iniciarse en el ejercicio de su sexualidad supone asumir el hecho de ser joven sin plantear-

se –como en tiempos anteriores– otras perspectivas que lo asociaban con la conformación de la pareja, la maternidad o la paternidad además de vincularla con aspectos ético-religioso.

Esta temprana iniciación sexual trae como consecuencia, por un lado, el aumento de la maternidad adolescente que se ha registrado en algunos países de América latina, principalmente en jóvenes de grupos socio-económicos bajos y con menor nivel educativo. Sus efectos afectan especialmente a las jóvenes madres a quienes aleja –tanto a ella como a sus hijos– de las probabilidades de salir de la pobreza.⁶ Por otro, la temprana iniciación sexual va acompañada de una menor valoración del riesgo de contraer la enfermedad de Sida y, paralelamente, el aumento de número de personas que contraen el VIH, entre las que se cuentan a jóvenes de ambos sexos.

Aún no se tiene conocimiento de estudios o investigaciones que hayan abordado posibles influencias de la iniciación sexual temprana en el desarrollo de la personalidad juvenil y en la modalidad de establecer relaciones estables y maduras en la vida adulta. No obstante, y dado que la sexualidad alude a una dimensión personal vinculada a elementos éticos y culturales, sería muy importante para completar nuestro análisis encontrar respuesta a una serie de interrogantes tales como: ¿existe en la actualidad alguna diferencia entre varones y mujeres jóvenes en la manera de vivir su sexuali-

⁶ Las encuestas de juventud señalan que los jóvenes que han constituido su propia familia –una pareja con o sin hijos– representan una proporción relativamente baja del total (CEPAL, 2004).

dad?; ¿los/as jóvenes, establecen alguna relación entre el ejercicio de la sexualidad con el hecho de estar o no enamorados?; ¿se relaciona la educación religiosa con estas conductas?; ¿tiene algo que ver la iniciación temprana en el ejercicio de la sexualidad con la conformación de la personalidad juvenil?; ¿dónde reciben los/as jóvenes la educación sexual que manifiestan en su conducta y en sus opiniones?; y por último, ¿en qué medida los medios de comunicación influyen en el modo particular de vivir la sexualidad en este momento de la vida?

Avanzando hacia otras dimensiones de este nuevo estilo de vida nos detenemos en las actitudes que se observan frente a su inserción en el mundo social y su compromiso con el mismo.

Algunos estudios (Krauskopf, 1999; Sandoval, 1999, Kozel, 1996, Banco Alemán, 1999) marcan como rasgos predominantes de estos tiempos la apatía ciudadana y falta de compromiso, integración y participación ante las organizaciones tradicionales provocados por la pérdida de legitimidad de estas estructuras que no están cubriendo adecuadamente las motivaciones y necesidades de los actores. Según Bajoit y Franssen ((s/f) citado por Sandoval, 1999)

estamos viviendo el tránsito de un modelo cultural basado en la razón social (es legítimo aquello que es útil a la colectividad, es decir contribuye a su progreso y obedece a su razón) a otro fundado en la autorrealización autónoma (es legítimo aquello que el individuo juzga bueno para su desarrollo personal). (p. 161)

En este marco se produce la socialización en la vida cívica, política y comunitaria de la juventud.

Respecto a las instituciones públicas (policía, fuerzas armadas, justicia y administración pública) y a toda actividad política, la valoración que los/as jóvenes efectúan evidencia falta de confianza hacia ellas y sus dirigentes. La pérdida de legitimidad de estas estructuras debido a la corrupción, la ineficacia para la gestión ha minado la confianza de la población que se ha ido alejando y perdiendo el interés por el accionar de los partidos políticos (Banco Alemán, 1999; Del Águila, 1996).

Rubiolo (1998, p. 72) considera que a los/as jóvenes siempre les llamó la atención la hipocresía de los adultos y hoy les impacta también el cinismo y la pérdida de sentido moral que se observa en la vida social, política, económica, donde se dejan de lado principios morales elementales en pro del bien propio. A las nuevas generaciones les impacta la ausencia casi total de escrúpulos para transgredir normas morales, que, por otro lado, se siguen predicando; así como el doble discurso de la sociedad que se transmite a través de la familia y de la educación y que va generando un sentimiento de vacío y de escepticismo respecto a las posibilidades de intentar o generar cambios y mitiga los sentimientos de esperanza e ilusiones respecto a la posibilidad de construir un mundo mejor. Los/as jóvenes viven esta situación con sentimientos de desencanto no fácil de superar y no visualizan cursos de acción posibles que sostengan su esperanza y su confianza.

Por un lado, pareciera que los/as jóvenes no proyectan sus conductas hacia un futuro a largo plazo. Su horizonte está abocado al tiempo presente y a lo inmediato (Candau, 2004). La proyección que tienen a la vista es semanal y está dividida en un tiempo normativo de trabajo y/o estudio y un tiempo festivo para el que no existen normas ni límites (Candau, 2004). Por el otro, sus proyectos hacia un futuro manifiestan un individualismo que no supone dejar de lado el esfuerzo personal, sino asumirlo orientándolo únicamente hacia el logro de sus propias metas, dejando de lado toda posible conducta solidaria.

Para muchos/as jóvenes, las exigencias del medio implican destinar todo el tiempo y las energías disponibles a alcanzar lo que la sociedad considera exitoso para él/ella. Esto significa no disponer de tiempos para otros compromisos aparte de los que esa meta demanda (Allende et al., 1997) y supone distanciarse de los problemas y las causas que dicen defender (Elzo, 2002).

Las conductas que se observan en los/as jóvenes respecto a una escasa participación en los problemas de la sociedad, y a un ejercicio de la ciudadanía sin compromisos personales, pueden entenderse debido al paso de ser considerados protagonistas del cambio político y social a ser sujetos de derecho y objeto de políticas, aunque esto último aún no tenga vigencia.

Ciertamente el panorama que hemos presentado respecto a un nuevo estilo de vida juvenil en estos aspectos no corresponde a la realidad que presentan todos los/as jóvenes. No obs-

tante considerarse que la apatía por los problemas sociales es un signo de este tiempo en algunos medios se observa en chicas y muchachos un despertar hacia una cierta valoración de nuevas formas de actuación social. Estaríamos ante una "ciudadanía latente" (Sandoval, 1999) según la cual los/as jóvenes, aunque aún no hayan encontrado ninguna motivación concreta, o canales de participación adecuados, muestran una disposición favorable a la acción participativa. Se observa también una tendencia a participar más en organizaciones de voluntariado que en organizaciones políticas, aunque la concreción de sus expresiones en situaciones cotidianas aún sea incipiente y asumida en muchos casos como una actividad entretenida que no implica compromisos a largo plazo. Muchos/as de ellos/as presentan también una mayor aceptación por las diferencias y mayor tolerancia hacia distintas opiniones.

Rubiolo (1998, p. 73) observa que en este clima de escepticismo y falta de esperanza hay jóvenes que estudian, trabajan, se esfuerzan, algunos viven sus compromisos hasta el heroísmo, y otros vienen y van llevados por la moda, por las propuestas de la TV, por las apelaciones de la publicidad, sin mucha claridad respecto hacia dónde marchan y qué sentido tiene lo que hacen o dejan de hacer.

3. Los/as jóvenes en su integración social en la cultura actual

La integración de los/as jóvenes en la sociedad, más allá de su medio familiar, se realiza por dos vías: una en cierto sentido informal y sin pautas fijas tie-

ne que ver con los distintos modos que se eligen o se permiten para entablar relaciones de amistad con sus pares y con su participación en distintos espacios sociales y sus instituciones formales. La otra, definida por la misma sociedad, supone recorrer los caminos propuestos por la educación y por las diversas modalidades de desempeño laboral. Las modalidades como los/as jóvenes se vinculan con estos ámbitos son definitorias para el rumbo que toman sus vidas.

Respecto al ámbito de la educación a comienzos del tercer milenio se observa que es entendida cada vez menos como un derecho de todas las personas y cada vez más como un proceso de capitalización que entrega habilidades humanístico científico, tecnológicas y ético-sociales (Larrañaga, 1999), necesarias para la participación ciudadana y para la inserción en el mundo del trabajo.

La sociedad, valorando las potencialidades de las generaciones jóvenes, les otorga una moratoria particular para que puedan dedicarse a la adquisición de estas habilidades que les permitirán un efectivo desempeño laboral.

No obstante el reconocimiento legal del derecho de todos a la educación, en tiempos de globalización económica un número importante de jóvenes no tienen acceso a esta moratoria social. En América latina, por ejemplo, hay mu-

chos jóvenes y niños que deben insertarse en el mundo del trabajo muy prematuramente como un requisito para la supervivencia (Rubiolo, 1998). Estas situaciones afectan sus derechos al ingreso y/o permanencia en los sistemas escolares deteriorando de esta manera la igualdad de oportunidades y la equidad de sectores importantes de la población, lo que se expresa a través de altos niveles de abandono escolar, bajo rendimiento y deterioro de la calidad de la enseñanza y del aprendizaje, los que constituyen diferentes formas de fracaso escolar, que de este modo acentúan los procesos de exclusión educativa. Ciertamente, la mayoría de los países de la región enfrenta hoy un problema grave de deserción escolar existiendo fuertes contrastes en los logros educativos en perjuicio de los/as jóvenes de sectores más pobres y los/as jóvenes rurales.

Las conclusiones de algunos estudios (Pieck, 2001, pp. 95-153) muestran el peso que tienen las variables de pobreza, sexo y localidad de residencia en el rendimiento educativo. La juventud pobre es la que manifiesta los más bajos indicadores educativos: mayor retraso escolar, más bajos niveles de escolaridad, menos años promedio de estudios, viéndose en muchos casos obligados a abandonar tempranamente la escuela para ingresar al trabajo.⁷

Estas desigualdades se agudizan si se incorporan las variables sexo y las

⁷ En América latina el 80% de los jóvenes urbanos proviene de hogares donde los padres cuentan con un capital educativo insuficiente (menos de 10 años de estudio) y entre el 60 y 80 % no alcanza el umbral educativo básico para acceder al bienestar. La educación –aún gratuita y obligatoria– sigue siendo un insumo caro para las economías familiares.

variables de contexto: son las mujeres, y las del medio rural las que presentan los más bajos indicadores en educación y trabajo. La población femenina rural de México –entre otras– presenta los peores índices de desempeño educativo, las peores condiciones de participación productiva y laboral, y los más altos indicadores de exclusión (Bonfil, 2001).

Dentro de la población joven de ese país –como ocurre en otras de la región– se encuentran jóvenes campesinas, jóvenes indígenas y jóvenes migrantes que tienen situaciones de vida, expectativas laborales y educativas diferenciadas respecto a las otras mujeres de la región, lo que marca su vida respecto a su trabajo y a su educación y condiciona todas las dimensiones de su vida futura (Bonfil, 2001).

Por otro lado la imagen y las expectativas de las familias respecto a la educación de los hijos parece ser también una variable importante. Silvia Bleichmar (1999b) estima que la deserción escolar que se observa es más bien un signo de la caída de la esperanza de padres y de estudiantes respecto a los beneficios que la misma educación puede aproximarles a su vida. Para esta autora no es la pobreza la que genera la deserción escolar sino "la miseria irredenta y sin esperanzas".

Otro de los aspectos importantes a tener en cuenta son las representaciones sociales acerca de la relación que puede establecerse entre educación y las expectativas laborales futuras. En general, las familias de clase media y también algunas de sectores populares envían sus hijos a escuelas secundarias

con la imagen de los efectos que una buena educación tiene en el logro de buenos puestos de trabajo y en el mejor desempeño laboral. Lamentablemente, esta visión no resulta congruente con la realidad actual, debido fundamentalmente a la reducción de la demanda de trabajo calificado con respecto al aumento de la oferta de mano de obra con titulación. La educación en el último tiempo más que dar posibilidades reales para mejorar laboralmente o modificar su condición social adquiere un valor "credencial". La obtención del título generalmente posiciona mejor a sus portadores para obtener un empleo, pero no garantiza acceder a "los mejores empleos".

Jacinto (2001) señala que para algunos estudiantes el hecho de culminar los estudios secundarios implica poder alcanzar a empleos de una cierta calidad. Para otros, en cambio, el título no significa más que permanecer en puestos de muy bajo nivel de calificación. En general, éstos son los/as jóvenes pobres, protagonistas de la expansión de la escuela media pero cuyos esfuerzos en el tránsito por las aulas les han otorgado menor rédito en el campo laboral.

Así como la situación educativa que se advierte en la región no es alentadora para los/as jóvenes, otro tanto ocurre con las posibilidades de inserción laboral. Ernesto Rodríguez (Pieck, 2001) señala que el desempleo es uno de los principales problemas que afecta a los más de cien millones de jóvenes que habitan el continente latinoamericano.

En América latina el porcentaje de jóvenes bajo la línea de pobreza va de un 22,1% en Chile a un 40% en Perú

urbano, mientras la tasa de desempleo de los/as pobres se ubica entre el 8,4% en Chile y el 46,6% en la Argentina (Gallart, 2001).

Estudios de la CEPAL (2004) resaltan el alto nivel del desempleo y subempleo juveniles y la alta precariedad de los/as jóvenes que logran ocuparse, la que se expresa en inestabilidad laboral, bajas remuneraciones y escasa cobertura de la seguridad social.

En términos geográficos la mayor falta de oportunidades de educación y de empleo remunerado se produce en las zonas rurales lo que se traduce en una inserción laboral demasiado temprano, sobre todo en los hombres (CEPAL, 2004). Las mujeres jóvenes siguen registrando condiciones de inserción más desfavorables que los varones, aun con los mismos niveles de educación. Ciertamente, el sector social al que los jóvenes pertenecen y, por ende, el hogar de origen incide claramente en estas oportunidades.

En general, los/as jóvenes de hogares acomodados disfrutaban de condiciones laborales más favorables que sus pares más pobres (CEPAL, 2004). En estos sectores sociales la situación se presenta diferente. No obstante, las mayores dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral y la demanda de mayor formación impuesta por la creciente competitividad en el empleo tienden a retrasar la edad en que se independizan económicamente y habilitacionalmente de sus padres (CEPAL, 2004).

Al término de la enseñanza media, la tendencia es a extender la moratoria laboral. En la medida en que la situa-

ción familiar lo permita, tienden a ingresar a la enseñanza superior. La posibilidad real de que esto suceda constituye un punto de quiebre que para muchos anticipa el ingreso al trabajo (Álvarez, Ibáñez & Sepúlveda, 2000).

Puede considerarse también como un rasgo de la nueva cultura juvenil el sentido que los/as jóvenes atribuyen al trabajo, lo que ha cambiado en el último tiempo. Encontrar un lugar donde trabajar hoy no representa una posibilidad de expresar una vocación sino más bien una oportunidad para adquirir dinero. Esto los lleva a postergar su inserción laboral definitiva y desvincula al trabajo que realizan de sus intereses profesionales y de su proyecto personal, lo hace que la relación con el mismo sea débil sin generar fuertes compromisos.

A modo de epílogo

Es probable que la mirada que hemos efectuado desde los discursos latinoamericanos tiempo haya dejado cierta inquietud. No hemos encontrado en estos discursos los años dorados donde el alma juvenil caminaba hacia la madurez desde un territorio abonado por sueños de gloria (Kaplan, 1979), con la esperanza de participar en la construcción de un mundo diferente. Hemos develado más bien otras realidades juveniles, otros/as jóvenes con otros intereses, en otra época.

La etapa de la vida corresponde, con alguna variación a los mismos años: el tiempo en que la sociedad, como anhelo o como deuda, otorga una moratoria en las responsabilidades; uno de

los momentos clave en la estructuración de la personalidad que se realiza en permanente intercambio con el medio y con la cultura; la etapa de la vida que tiene especial importancia en los procesos de formación personal ya que hace probable el inicio de la reflexión, del ejercicio de la propia libertad y de la elaboración de los proyectos personales; el momento que –según Pierre Furter (1968)– es condición de la conducta moral; el período donde las generaciones adultas y la sociedad en general, ponen sus esperanzas en las posibilidades que radican en ellos como hombres y mujeres del mañana.

En este análisis hemos encontrado, por un lado, una sociedad en la que se conjugan los rasgos de la posmodernidad con los de la globalización económica; una cultura inmersa en un proceso de crisis de valores y también de sus instituciones; un mundo que hace escaso el uso de la propia libertad en la elección del estilo de vida personal, que no ha podido solucionar aún los problemas que se originan en la distribución de las riquezas y la exclusión de millones de personas de la posibilidad de gozar de una vida digna y en paz.

Por otro lado, hemos descubierto un nuevo rostro de los/as jóvenes. Muchos/as estudian, trabajan y se esfuerzan. Muchos/as viven sin rumbo fijo, llevados por la moda, por las propuestas de la TV, por las apelaciones de la publicidad. Sin mucha claridad respecto hacia dónde marchan (Rubiolo, 1998). Los hemos encontrado comprometidos con situaciones de violencia y adicciones, vulnerables a enfermedades y accidentes. Muchos/as de ellos/as constituyen

el eje central de problemas de exclusión que se presentan en el ámbito de la educación y del trabajo.

El informe de CEPAL (2004) plantea una serie de paradojas, y/o tensiones que viven los/as jóvenes de hoy:

- La juventud goza de más acceso a educación y menos acceso a empleo.
- Los/as jóvenes gozan de más acceso a información y menos acceso al poder.
- Los/as jóvenes cuentan con más expectativas de autonomía y menos opciones para materializarlas.
- Los/as jóvenes son más dúctiles y móviles pero al mismo tiempo más afectados por trayectorias migratorias inciertas.
- Los/as jóvenes son más cohesionados hacia adentro, pero con mayor impermeabilidad hacia fuera.
- Los/as jóvenes parecen más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos de éste.
- Los/as jóvenes observan una expansión de consumismo simbólico y a la vez una restricción en el consumo material.

Frente a esto la juventud constituye el destinatario principal de las nuevas estrategias de desarrollo, sustentadas en una apuesta a la inversión de capital humano, como clave para ganar competitividad y recuperar el crecimiento económico estable (Rodríguez, 2001).

Todas estas contradicciones y paradojas, plantean grandes desafíos: en un sentido, es necesario tomar conciencia de la relevancia de los/as jóvenes para construir una sociedad equitativa

donde se respeten los derechos de todos a una vida digna y donde los avances científico-técnicos y la organización económica se orienten hacia el desarrollo de una cultura de paz y a la mejora de la calidad de vida de todos los hombres. Desde estas expectativas es necesario encarar una sustancial transformación de las políticas públicas de juventud.

Siguiendo a Rodríguez (2001), sabemos que durante la década de los 90 se comenzaron a poner en práctica una serie de programas sectoriales de promoción juvenil, en los que se invirtió gran cantidad de recursos, especialmente en esferas ligadas a la reforma de la educación media, al desarrollo de programas preventivos de salud adolescente, a la ejecución de programas innovadores y masivos de capacitación laboral, y más recientemente, de prevención y tratamiento de la violencia juvenil. No obstante, la desarticulación de los esfuerzos es evidente, por un lado, y preocupante por el otro, lo que ha llevado a cuestionar la labor sectorial y los modelos de gestión tradicionales, tratando de promover nuevos modelos de gestión, basados en la reformulación de los roles de las diversas instituciones públicas y privadas intervinientes, procurando una utilización más adecuada de los recursos disponibles.

En este marco las áreas temáticas prioritarias al momento de formular y diseñar políticas y programas juveniles deberían ser:

- La inversión en educación y salud como claves para la formación del capital humano.

- Fomentar la integración social como clave de una emancipación juvenil adecuada, y que opere fundamentalmente en el plano laboral.
- La prevención de la violencia juvenil.
- Fomentar la participación ciudadana, como clave del fortalecimiento ciudadano.

En otro sentido, e intentando descifrar en el nuevo estilo de vida juvenil las demandas de formación, se arriba a la conclusión de que se hace necesario ofrecerles un camino de desarrollo personal que atienda a la formación para el trabajo y la vida comunitaria, aun en medio de condiciones sociales y económicas adversas.

Para favorecer este desarrollo personal sería deseable que las instituciones y los centros que se ocupan de la educación de la juventud incorporaran en su quehacer itinerarios formativos:

- Que generen espacios de reflexión sobre problemas que afectan a los/as jóvenes y también a la comunidad.
- Que planteen situaciones que posibiliten el ejercicio de la libertad en sus elecciones personales y los acompañaran a transformarse en sujetos autónomos y responsables.
- Que ofrezcan ocasiones de ejercitar el respeto y el servicio a los otros y a la comunidad, favoreciendo actitudes de compromiso personal y social.
- Que despierten en su interior la inquietud por la búsqueda de los sentidos de las cosas, del mundo y de sus propias vidas, creando la necesidad de extender su mirada hacia el futuro en un proyecto personal.

Hacer realidad estos itinerarios formativos supone, en primer lugar, procurar una educación, que más allá de la instrucción, tenga en cuenta la necesidad de los/as jóvenes de contar con espacios de contención afectiva y de diálogo con quienes pueden asumir la responsabilidad de acompañarlos.

Los/as jóvenes deben ganar una nueva forma de ver el mundo y de analizar su papel dentro de él, orientado siempre y sea cual sea su lugar, a transformar las condiciones que impiden la humanización, la dignidad y la justicia (Sierra Pardo, 2001), pero para esto escuchar atentamente su sentir y su pensar se convierte en la clave que permite abrir todas las puertas (Rivera, 1999).

En segundo lugar, este itinerario formativo exige personas que se comprometan con esta tarea desde el discernimiento sobre la realidad, la firmeza en la orientación que proporcionen, la búsqueda de coherencia personal en la propia vida, siempre en una actitud

de servicio a la vida del otro. "Los/as jóvenes requieren de quienes los guíen, apoyen, escuchen, acompañen, formen y demuestren que es posible proyectarse en un futuro, a pesar de los obstáculos" (Duro, 2005, p. 38).

En este tiempo, se hace necesario repensar la formación de los/as jóvenes, hombres y mujeres del mañana, a partir de la nueva cultura juvenil que se está gestando y en diálogo con el contexto en el que están inmersos. Es necesario hacerlo teniendo en cuenta a cada uno en su originalidad, desde su historia personal y social, y reconociendo la posibilidad que tienen de asumirse como personas dueñas de su libertad, capaces de comprometerse con el mundo en que viven. Ése es el lugar donde podemos encontrarlos, desde nuestra responsabilidad como docentes e investigadores.

Original recibido: 12-02-2008

Original aceptado: 28-05-2008

Referencias bibliográficas

Allende C., Brígido, A. M., Carena, S. & Juárez, M. (1997). *Una aproximación a las actitudes y la conducta de los jóvenes universitarios de hoy*. Córdoba: ICALA.

Álvarez, C., Ibáñez, S. & Sepulveda, L. (2000). *Estrategias de búsqueda de empleo de los jóvenes estudiantes secundarios de la región metropolitana. Volumen I. Un análisis cualitativo*. Santiago de Chile: CIDE.

Azocar, G. (2001). *Modernización, individuación y violencia. La ironía de una protesta por inclusión*. Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.

Banco Alemán (1999). *Los jóvenes hoy. Segundo estudio sobre la juventud en Argentina (Tendencias y perspectivas en la relación entre jóvenes, estado y sociedad en las puertas del nuevo milenio)*. Buenos Aires: Planeta, Deutsche Bank AG.

Bleichmar, S. (1999a). *Entre la producción de subjetividad y la construcción del psiquismo*. Recuperado el 15 de febrero de 2006, de <http://www.silviableichmar.com/framesilvia.htm>

Bleichmar, S. (1999b). *Sobre delincuencia infantil*. Reportaje de Héctor Pavón. Recuperado el 7 de diciembre de 2007, de <http://www.silviableichmar.com/framesilvia.htm>

Bonfil, P. (2001). ¿Estudiar para qué? Mercados de trabajo y opciones de bienestar para las jóvenes del medio rural. La educación como desventaja acumulada. En E. Pieck. *Los jóvenes y el trabajo, la educación frente a la exclusión social* (pp. 527-550). DF, México: Universidad Iberoamericana.

Braslavsky, C. (1985). *Juventud y sociedad en Argentina*. Santiago de Chile: CEPAL.

Candau, V. M. (2004). Juventudes y voluntariado. *Novamérica*, 101, 47-51.

Carena, S. (1999). *Ateneo Juventus: un camino de formación de la personalidad juvenil*. Córdoba: El Copista.

Carena, S., Grasso, L, Paladini, A., Pisano, M., Robledo, A., Tessio Conca, et al. (2003). *Intereses, costumbres y valores de la juventud cordobesa. Una exploración en estudiantes del último año de la escuela media*. Córdoba: El Copista.

CEPAL Naciones Unidas. (2004). *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Santiago de Chile: Organización Iberoamericana de Jóvenes.

Del Águila, R. (1996). La participación política como generadora de educación cívica y gobernabilidad. *Revista Iberoamericana de Educación*, 12. Recuperado el 7 de diciembre de 2007, de <http://www.oei.es/oeivirt/rie12a02.htm>

Duro, E. (2005). Adolescencias y políticas públicas. De la invisibilidad a la necesaria centralidad. En M. Krichesky (Comp.). *Adolescencia e inclusión educativa*. Buenos Aires: Noveduc, OEI, UNICEF, Fundación SeS.

Elzo, J. (2002). *Los jóvenes de hoy: entre la tolerancia y la solidaridad*. Recuperado el 7 de diciembre de 2007, de <http://www.entreculturas.org>

Furter, P. (1968). *La vida moral del adolescente: bases de una pedagogía para la juventud contemporánea*. Buenos Aires: El Ateneo.

Gallart, M. A. (2001). *Los desafíos de la integración social de los jóvenes pobres: la respuesta de los programas de formación en América Latina*. México: Universidad Iberoamericana de México.

Larrañaga, O. (1999). *Jóvenes, educación e igualdad de oportunidades*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Jacinto, C. (2001). *Nueva institucionalidad en la formación para el trabajo de jóvenes en América latina. Alcance y límite de las nuevas estrategias*. Recuperado el 7 de diciembre de 2007, de <http://cdi.mecon.gov.ar/biblio/docolec/MU1624.pdf>

- Kaplan, L. (1979). *Adiós a la infancia*. Madrid: Aguilar.
- Kozel, A. (1996). Los jóvenes y la política. Modulaciones de un escepticismo general. En M. Margulis. *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud* (pp. 125-220). Buenos Aires: Biblos.
- Krauskopf, D. (1999). Dimensiones críticas en la participación social y política de los jóvenes. En S. Balardini. *La Participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo* (pp. 119-135). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Krichesky, M. (Comp.). (2005). *Adolescentes e inclusión educativa*. Buenos Aires: Noveduc, OEI, UNICEF, Fundación SeS.
- Margulis, M. (1996). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Muss, R. (1968). *Teoría de la adolescencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Pieck, E. (2001). *La capacitación de jóvenes en situación de pobreza. El caso de México*. DF, México: Universidad Iberoamericana de México.
- Rivera, M. T. (1999). La obscuridad es una condición para darse cuenta de la naturaleza de la luz y para apreciarla. *Revista de Trabajo Social: Saberes y Haceres*, 1, 21-41.
- Rodríguez, E. (2001). Juventud y desarrollo en América Latina. En E. Pieck. *Los jóvenes y el trabajo, la educación frente a la exclusión social* (pp. 27-29). DF, México: Universidad Iberoamericana.
- Rubiolo, E. (1998). Los jóvenes latinoamericanos frente a los procesos de globalización del mundo. *Anatellei. Revista del Centro de Estudios Filosóficos y Teológicos*, 1, 59-78.
- Sandoval, M. (1999). La relación entre los cambios culturales de fin de siglo y la participación social y política de los jóvenes. En S. Balardini. *La Participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo* (pp. 147-173). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Sierra Pardo, C. P. (2001). *La formación de jóvenes desde la experiencia de los grupos juveniles: el grupo juvenil del triunfo, un estudio de caso en localidad tercera de Santa Fe*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Weinstein, J. (1999). La educación formal frente a la violencia y las adicciones de los jóvenes. En J. Corvalán, G. Fernández & L. E. González. *Los jóvenes en Chile y Europa* (pp. 49-67). Santiago de Chile: CIDE.
- Wortman, A. (2001). *Aproximaciones conceptuales y empíricas para abordar identidades sociales juveniles y consumos culturales en la sociedad argentina del ajuste*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.